



no parará
no se rendirá
no te dejará

Hasta
que
mueras

Julie Hastrup

Pàmies

HASTA QUE MUERAS

Título original: En torn i øjet
Primera edición: marzo de 2014
© 2009 Julie Hastrup & Rosinante&Co., Copenhagen.
Published by agreement with the Gyldendal Group
Agency.
© de la traducción: Eva Parra Membrives, 2013
© de esta edición: 2014, Ediciones Pàmies, S.L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
editor@edicionespamies.com
ISBN 978-84-15433-58-3

Ilustración y diseño de cubierta: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
escrita de los titulares del Copyright,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproduc-
ción parcial o total de esta obra por cualquier
medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y
el tratamiento informático, y la
distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o
préstamo público.

En cariñoso homenaje a mi abuela, Margrethe Heide

Decidí elegir la ciudad de Ringkøbing y sus alrededores como escenario de mi novela. Algunos de los lugares mencionados existen realmente, otros son de mi invención y los he adaptado para esta narración. Personajes y acción son producto exclusivo de mi fantasía.

Noche del sábado 25 de agosto al domingo 26 de agosto

Mientras cruzaba el bosque por aquel camino irregular su bicicleta se sacudía tan violentamente que sintió vibrar su vientre. Se le escapó una risa, y el sonido de aquella expresión de alegría rasgó la quietud del bosque. Caía una fina llovizna, pero Anna se sintió suficientemente resguardada del agua por las altas copas de los árboles, que semejaban para ella enormes paraguas. Cerró los párpados sin dejar de pedalear, atendiendo al rítmico compás de su respiración entrecortada y al leve zumbido de las ruedas. Abrió la boca y sacó la lengua para paladear la humedad de la lluvia. El cálido aire nocturno estaba impregnado de humedad, olía a tierra fresca y su pelo, cada vez más mojado, se amoldaba suavemente a sus hombros.

Se había divertido mucho en la discoteca. Aquel chico moreno, Alex, era algo tímido, pero muy dulce. No se había dejado engañar por la actitud del muchacho, advirtiendo la fragilidad oculta tras la aparente rudeza. Él le había pedido su número de móvil y ella se lo había ofrecido sin dudar, anotándolo sobre una servilleta de papel que le tendió con una sonrisa pícara. Alex pareció complacido y ella, al advertirlo, decidió repentinamente recuperar la servilleta, no sabría decir muy bien por qué. El chico había intentado detenerla, aferrando su brazo con dedos implacables, que

no crueles, sino firmes, con esa fuerza hasta cierto punto protectora que se emplea para alejar a alguien de un peligro. La tristeza nacida en algún lugar muy profundo dentro de ella la había conmovido hasta hacer que se le escaparan algunas lágrimas, y Anna se había liberado de aquella presión con un movimiento brusco. Él la había mirado unos instantes, perplejo, antes de encogerse de hombros, dar media vuelta, y alejarse de ella sin más. A Anna le hubiera gustado explicarle lo que acababa de suceder, pero supuso que él sería incapaz de comprenderla. El chico desapareció entre la gente que bailaba, pero ella no dejó de notar su contacto sobre su piel hasta mucho rato después.

El golpe llegó de repente. Abrió los ojos, asustada, para comprobar que, de alguna manera, había rozado el grueso tronco de un árbol. Este estaba situado en las lindes del bosque que marcaba la entrada al pequeño aparcamiento para los que bajaban al fiordo, y, sin que tuviera tiempo de pensar mucho más, perdió el equilibrio y cayó al suelo, quedando bajo su bicicleta. Sintió un fuerte ardor en la rodilla derecha y notó de forma instantánea la cálida sangre descendiendo por su pierna. También le palpitaba el codo derecho, que se frotó ligeramente, mientras intentaba ponerse en pie con dificultad.

Una oscura nube se desplazó a un lado liberando a una luna excepcionalmente pálida, y Anna tuvo la incómoda sensación de no encontrarse sola en aquel lugar. Contuvo el aliento, permaneciendo completamente inmóvil, y aguzó el oído intentando aislar algún sonido anormal, pero sólo percibió el golpetear de su propio pulso acelerado y el lejano murmullo del fiordo.

—¿Hay alguien ahí?

El viento alejó su pregunta, llevándosela de allí, y durante algunos segundos dudó, insegura, sin saber cómo actuar a continuación. Se esforzó por tranquilizarse. Allí no había nadie más, su cabeza le estaba jugando una mala pasada.

Siempre estaba imaginando cosas, su padre no dejaba de burlarse de ella por eso.

Un leve rumor le llegó procedente de un arbusto cercano y giró la cabeza en la dirección en la que creyó haberlo percibido. Podía adivinar la forma irregular que presentaba el arbusto aún con aquella oscuridad, pero era incapaz de distinguir nada más. Un miedo paralizante descendió sobre ella, cubriendo su piel de finas agujas punzantes. Reuniendo todo su valor, se aferró con fuerza al manillar de la bicicleta, que levantó, y se apresuró a retomar el camino, dejando atrás el árbol que la había hecho caer. Su pie tropezó con un obstáculo, se agachó para ver de qué se trataba y descubrió una gran rama obstruyendo el sendero. Intentó apartarla con una mano, sin soltar la bicicleta.

El golpe fue muy fuerte y la cogió completamente por sorpresa. Cayó hacia delante, sobre la gruesa rama, y se raspó la frente. Un hilo de sangre cálida y pegajosa comenzó a caer sobre su rostro. Intentó ponerse en pie, buscando absurdamente su bicicleta, pero recibió un nuevo golpe en la nuca, mientras algo o alguien empujaba su cabeza contra el suelo. Su boca quedó inundada de pequeñas piedrecitas y se llenó con el sabor a tierra. Aunque quería gritar, no logró que escapara ningún lamento de su garganta. Percibió un aliento extraño junto a ella y también una fragancia que le pareció vagamente conocida. Un nuevo golpe, ejecutado con fuerza. Un chasquido. Sangre en su boca. Se sintió mareada, y poco a poco todo se fue volviendo gris. *Tienes que salir de aquí*, pensó, desesperada, y quiso alcanzar la rama, o una piedra tal vez, pues era consciente de que necesitaba defenderse, luchar, pero su cuerpo ya no estaba dispuesto a obedecer las órdenes que dictaba su cerebro. Su espalda se llenó de un dolor insoportable, una vez y otra. Oyó un extraño estertor y comprendió con horror que era ella misma la responsable de aquel angustioso sonido. Poco a poco fue imponiéndose de nuevo el silencio. Su último pensamiento antes de que todo se volviera definitiva-

mente negro fue la certeza de que aquella era la hora de su muerte. Y de alguna manera eso la consoló, pues nadie podría volver a hacerle daño, nunca jamás.

Domingo 26 de agosto

Uno de esos días nefastos en los que la melancolía lograba introducirse bajo su piel y aletargarla, provocándole una fatigosa apatía contra la que era imposible protegerse. Rebekka llevaba odiando los domingos desde los nueve años. Normalmente intentaba llenar las interminables horas que componían aquellos insoportables días con todo tipo de actividades, o, en el caso de que no lograra convencer a nadie para que la acompañara, pasaba el mayor tiempo posible durmiendo. Así, desaparecían horas y horas de esos días que siempre ansiaba que fuesen relevados cuanto antes por los mucho más prometedores lunes.

En esta ocasión se encontraba archivando los informes de su último caso en su espaciosa oficina, recién amueblada y con vistas al Tívoli. Guardó el grueso archivador gris en la estantería. Hacía ya tres años que pertenecía a la Unidad Especial Móvil de la policía estatal danesa, la única mujer de toda la unidad. Se trataba de un puesto muy codiciado, al que sólo podían aspirar los agentes mejor cualificados. Doscientos días al año viajando por todo el país para auxiliar a la policía local en casos especialmente complejos. Rebekka amaba su trabajo, lo realizaba con entusiasmo, y su superior, Torsten Krogh, había expresado en repetidas ocasiones su satisfacción por su buen hacer. Entre los compañeros era aceptada como una más y empleaban con ella

el tono rudo y coloquial habitual entre hombres. Depositaban en ella una confianza absoluta, y por primera vez en su vida Rebekka se había sentido parte de algo.

Miró a su alrededor, satisfecha. Siempre había soñado con ocupar aquel despacho, situado en el quinto piso y con unas vistas espléndidas a las atracciones del Tívoli y la torre del ayuntamiento. Cuando supo que se había quedado vacío, se lo había solicitado a Krogh, y, aunque en realidad era demasiado amplio para una sola persona, y más aún para alguien que apenas pasaba tiempo en la ciudad, éste había accedido inmediatamente a su petición, proporcionándole una inmensa alegría. Rebekka suspiró de placer mientras presionaba la nariz contra el frío vidrio de la ventana. Descubrió a una paloma sobre el alféizar, aparentemente disfrutando del suave sol mañanero, zureando de forma casi meditativa, y durante unos instantes se dejó arrullar por aquel sonido, perdiéndose en sus pensamientos.

La campana de la torre del ayuntamiento sonó once veces. Se había despertado temprano aquella mañana, y tras correr un rato por el parque de Søndemarken se había dirigido directamente a la Jefatura. Ya había liquidado el papeleo y no le quedaba nada más por hacer. Incluso había regado la planta que descansaba sobre la mesa de madera. La embargó una angustiada sensación de soledad, por lo que marcó el número de Dorte. Su amiga la invitó a café, tal como esperaba, y una Rebekka algo más optimista cogió su abrigo y abandonó el desierto edificio.

El insistente sonido del teléfono despertó a Michael Bertelsen. Desorientado, no fue capaz de determinar al abrir los párpados si era de día o de noche. Después recordó que durante la noche había realizado una intervención en aquella discoteca situada en la zona peatonal y dedujo que por tanto ya debía haber amanecido, aunque seguía dudando en cuanto a la hora. Alargó la mano buscando su teléfono

inalámbrico, tanteando a su alrededor, y lo encontró finalmente bajo las mantas, en el lado ahora desocupado de su amplia cama de matrimonio.

—Bertelsen —murmuró, frotándose los ojos para comenzar a acostumbrarse a la claridad. Consultó la hora en el despertador: las 11.03.

—Michael, soy Teit. Ha aparecido una joven asesinada en el bosque, en la zona occidental, en Fruerwald, justo al lado del aparcamiento. Una tal Anna Gudbergson, de veintidós años.

Michael, aún un poco aturdido, se sentó en la cama.

—¿Qué?

—La han golpeado y apuñalado repetidamente. A primera vista no parece que el móvil sea sexual. El forense, Thorkild Thogersen, se encuentra ahora con el cadáver. Acércate por allí en cuanto puedas.

Mientras su superior le proporcionaba las indicaciones necesarias para llegar hasta el lugar del crimen, Michael saltó de la cama, se refrescó rápidamente rostro y axilas, y cruzó el dormitorio a trompicones, intentando ponerse los calcetines y pantalones sin dejar de atender la llamada.

—Dame diez minutos —rogó—. Ya estoy allí.

El teléfono móvil comenzó a sonar en el mismo instante en el que Rebekka había logrado estacionar su vehículo ante el edificio en el que se encontraba la vivienda de Dorte. La llamada procedía de su superior, Torsten Krogh.

—Escucha, Rebekka, al parecer han encontrado el cuerpo de una joven en un bosque de la Jutlandia occidental. Apuñalada repetidas veces, tal vez violada. Te voy a enviar para allá, sólo a ti. Es cierto que nosotros no nos ocupamos habitualmente de esta clase de casos, pero el comisario responsable es un viejo amigo mío y me ha solicitado ayuda. Haremos todo lo que esté en nuestras manos, y de las

cuestiones técnicas se encargarán los compañeros de Århus.

Rebekka sintió un leve cosquilleo en el estómago. Desde la última reforma del sistema legal, que afectó a la organización de la policía, se ocupaban muy rara vez de casos de homicidio, aunque la Unidad Especial originariamente se había creado precisamente para eso. En la actualidad su trabajo tenía una orientación más bien política, y la prostitución, la trata de blancas y las guerras entre bandas se habían convertido en su campo de acción prioritario. Los asesinatos se resolvían en las jefaturas provinciales o incluso en las comisarías locales, pese a que, sobre todo éstas últimas, estaban escasamente capacitadas para ocuparse de ello. Rebekka había solicitado el puesto que actualmente ocupaba en la Unidad Especial confiando precisamente en poder ocuparse de la resolución de asesinatos, y sabía que no era la única que lamentaba que la reforma legal la hubiera alejado de ellos.

—¿En qué zona de Jutlandia? —preguntó, intentando no parecer demasiado ansiosa.

—*En Ringkøbing.*

Ringkøbing. Ringkøbing. Ringkøbing.

Un gélido temor se apoderó de ella, nubló su visión y le secó la boca. El mundo comenzó a girar a su alrededor, y oyó a Krogh en la lejanía rebuscando entre papeles.

—En una zona boscosa, en Fruerwald. Es el acceso occidental al bosque. ¿Rebekka? ¿Rebbeka, sigues ahí?

Poco a poco regresó a la realidad.

—Sí, es que me he sorprendido. Soy de Ringkøbing precisamente.

—Es verdad, no lo recordaba. Pues mejor así —expresó Torsten Krogh su entusiasmo, y le facilitó unos cuantos detalles del caso antes de colgar.

Rebekka se hundió en el asiento de su coche, mirando al frente pero sin ver nada. Precisamente Ringkøbing. Había vivido en aquella ciudad durante diecinueve años, los pri-

meros de su vida, y había escapado de allí a la primera ocasión que tuvo. Jamás había vuelto, pese a que sus padres aún seguían residiendo en la ciudad, en la misma casa amarilla de su infancia, que formaba hilera con otras casas, y hacia la cual conducía un camino sembrado de tréboles. Una imagen idílica de tiempos lejanos.

Unos golpecitos decididos en la ventanilla del coche la arrancaron de su ensimismamiento. Rebekka volvió la cabeza, distraída, para enfrentarse al alegre rostro de Dorte. Su amiga abrió la puerta.

—¿Qué haces ahí dentro? ¿Te has dormido?

—Tengo que marcharme. A Ringkøbing. Ahora mismo. Ha habido un asesinato.

Salió tambaleante del vehículo y casi cayó en los brazos de Dorte, que la contemplaba fijamente y con los ojos muy abiertos.

—Pobre Rebekka. Pero, ¡no puedes! Tienen que encontrar a otro. ¡Es imposible! ¿Y Robin?

Le frotó cariñosamente el brazo.

—No... No... Tengo que ir yo —tartamudeó Rebekka de modo poco convincente, esforzándose por recuperarse de la fuerte impresión recibida—. Es mi caso... Tengo que ir... ¡Quiero ir! Esto es una locura. Llevo años imaginando todo lo imaginable para evitar volver y ahora estoy obligada a hacerlo.

—¿Tienes tiempo de entrar a tomar un café?

—No. Otro día será.

—De acuerdo, lo comprendo. No olvides que hace años ya que soy amiga de una ocupadísima agente de policía —rio Dorte, pero recuperó la seriedad de inmediato—. ¿Sabes tus padres que vas?

—No. Me acaban de informar, no me ha dado tiempo a avisarlos. Los llamaré ahora, no sé qué ocurrirá cuando me tengan por allí. Por suerte estaré muy, muy ocupada.

Todo aparecía teñido de rojo. Michael retrocedió inconscientemente cuando se enfrentó a la visión del cuerpo de Anna Gudbergesen. La escena presentaba un aspecto tan indescriptiblemente dantesco que sintió el sabor de la bilis inundar su boca. Era imposible pensar en escupir en aquel lugar, así que tragó.

Anna Gudbergesen yacía en un pequeño claro, junto a los arbustos que cercaban el bosque. Estaba tumbada de espaldas, las piernas abiertas, un brazo pegado al cuerpo, el otro, con el que al parecer había intentado proteger su rostro, inmóvil para siempre en una posición poco natural. Llevaba el vestido veraniego de tirantes, con un alegre estampado de flores, subido hasta casi el pecho, mostrando sin pudor el vientre. Sus braguitas de seda, originariamente blancas, estaban teñidas del rojo de su sangre y rodeaban sus tobillos. Una de sus sandalias descansaba junto al cuerpo, la otra aún cubría el pie izquierdo. Había sangre por todas partes, y su largo cabello rubio estaba surcado por mechones rojos y entrelazado con hojas secas y pequeñas ramitas. La mejilla izquierda presentaba una fea herida, los brazos y piernas estrías rojas, y el vientre y bajo vientre mostraban profundas incisiones que no podían proceder sino de algún arma blanca. Únicamente los ojos permanecían intactos. Unos grandes ojos verdes que miraban fijamente al cielo.

Michael cerró los párpados unos instantes para recuperarse de aquella visión, reunir fuerzas y asimilar lo que tenía ante sí. A su alrededor, la vida continuaba, y los agentes estaban ocupados en dividir en parcelas el lugar del crimen.

—¡Cuanta brutalidad! —oyó a sus espaldas, mientras sentía una mano apoyarse en su hombro. Perteneecía a su amigo y compañero David Johansen. Michael asintió sin pronunciar palabra.

El aire estaba cargado de minúsculos puntos negros, moscas, que se acercaban diligentes al cadáver. Un olor dulzón impregnaba el ambiente, y Michael sintió un nuevo